

mil veces la sangre por Vos, no os pagaria la menor parte de un tal beneficio.

Puesto que no somos capaces de tanto, ¿qué deberémos hacer, al menos, cristianos míos, para mostrarle nuestro agradecimiento, y sacar fruto de la consideracion de su Pasion dolorosa? Por lo que os tengo ya dicho, es fácil conocerlo. ¿Jesús fue humilde? Seámoslo nosotros tambien. ¿Jesús fue obediente? Seámoslo igualmente nosotros. ¿Jesús padeció por nuestro amor? Amémosle nosotros con todo el corazon. Si su ejemplo no basta á hacernos humildes, obedientes y caritativos, reflexionemos lo que el Apóstol nos dice en la Epístola de hoy, á saber, que Jesucristo por su humildad, obediencia y caridad mereció ser exaltado, y recibió un nombre que es venerado en el cielo, en la tierra y en los infiernos: *Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen*¹. Este es el premio que Dios da á la humildad, á la obediencia y á la caridad; premio en el que tendrémos parte, si á imitacion de Jesucristo practicamos fielmente estas virtudes. Amen.

¹ Philip. II, 9.

DOMINGO DE PASCUA.

Despues de haber instruido al pueblo, durante el tiempo de Adviento, sobre el gran misterio de la Encarnacion; despues de haberle enterado, desde Navidad hasta la Septuagésima, de los misterios de la infancia y juventud de Jesucristo, como y tambien de su vida oculta y de su Bautismo; despues, en fin, de haberle preparado, desde la Septuagésima hasta la Resurreccion, para cumplir el precepto pascual, poniéndole á la vista la vida penitente del Salvador, es deber del cura exponerle el gran misterio de la Resurreccion de Jesucristo, sus diferentes apariciones, y su vida gloriosa é inmortal, dándole con ocasion de esto instrucciones saludables que confirmen su fe, animen su esperanza, y perfeccionen su caridad. Sobre todo debe aplicarse á precaverle contra la recaida en el pecado, solidarle en la gracia de la comunión pascual, y hacerle llevar una vida del todo nueva, á ejemplo de Jesús resucitado. Para saber qué orden ha de dar á sus instrucciones, vaya estudiando atentamente los evangelios dominicales que se leen desde Resurreccion hasta Pentecostes, que ellos mismos se lo dirán.

Por lo que hace al presente dia, se puede instruir al pueblo de tres modos diferentes, cada uno de los cuales será de grande utilidad: 1.º explicándole el inefable misterio de la Resurreccion: 2.º hablándole de la resurreccion mística del alma, y de las condiciones que ha de tener para que sea conforme con la resurreccion corporal de Jesucristo: 3.º tratando de la resurreccion venidera de nuestros cuerpos, como consecuencia nece-

saría de la de nuestro Salvador. Como estos tres puntos son de grandísimo interés, los pondremos íntegros, dejando á la libertad de los curas elegir el que mas les acomode, ó bien predicarlos en diferentes años.

La resurreccion del Salvador evidentemente demostrada.

Surrexit. (Marc. xvi, 6).

Hoy, cristianos, se cumple á la letra aquel grande oráculo que el real Profeta pronunció en el segundo de sus salmos, cuando dijo : «Coligáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se levantaron como un solo hombre contra Dios y su Ungido... pero el que habita en los cielos se burlará de ellos, «y pondrá de manifiesto toda su insensatez y miseria.» Sí, cristianos, los príncipes de la Sinagoga se conjuraron contra el Señor, y dieron muerte á su unigénito Hijo; pero ¿en qué ha venido á parar su conjuracion insensata? El que habita en lo mas alto de los cielos se ha burlado de sus esfuerzos impotentes, haciéndolos servir para mayor gloria de Jesucristo. La muerte, sí, la muerte ignominiosa y cruel que le han dado, solo ha servido para hacer su triunfo mas glorioso y completo. Mientras que en sus tumbas se lee aquel ignominioso epitafio que dice : *Hic jacet*, «aquí yace podrido;» en el sepulcro de Jesucristo se lee aquel glorioso epígrafe : *Surrexit*, «ya ha resucitado.» Sí, ha resucitado el Salvador, ha resucitado el que la impía Sinagoga creia haber sepultado en un olvido eterno. ¡Ah! publíquese su resurreccion por todo el mundo, y publíquese para gloria del Señor, para befa de sus enemigos, y para consuelo de cuantos le aman y le sirven.

Pero ¿qué es lo que observo? Mientras nuestros corazones se entregan á la alegría, que un suceso tan feliz naturalmente

inspira; veo que la impiedad, temerosa de las consecuencias que de él se derivan, hace los mayores esfuerzos para impugnarlo. Hace lo que su interés reclama, porque bien sabe ella que si Jesucristo ha verdaderamente resucitado, su causa está perdida, y la Religión ha conseguido un triunfo tan glorioso como completo; así como, por el contrario, si la resurreccion de Jesucristo fuese una mentira, vana seria nuestra fe, vana nuestra esperanza, y vana tambien nuestra Religión, como confiesa san Pablo : *Si autem Christus non surrexit, inanis est ergo prædicatio nostra, inanis est et fides vestra*¹. Afortunadamente la resurreccion del Salvador es un hecho tan claro y patente, que no hay sofismas que basten á oscurecerlo, cuanto menos á desmentirlo. Yo, cristianos, vengo hoy á proponeros las razones que patentizan la verdad de esta resurreccion, no tanto para fortalecer vuestra fe, que ya supongo muy robusta, cuanto para haceros ver la nulidad de los sofismas con que los impíos la atacan.

Por muy antiguo y remoto que sea un hecho, si lo aseguran escritores dignos de fe, contemporáneos, incapaces de engañar igualmente que de ser engañados, debe tenerse por tan cierto como si hubiese pasado ante nuestros propios ojos. Este es un principio que no niegan los mismos incrédulos, por cuanto el negarlo seria destruir los fundamentos en que se apoya la verdad de todas las historias. Ahora bien, cristianos, ¿quiénes son los que nos aseguran el hecho de la resurreccion de Jesucristo? Son sus mismos discípulos, escritores contemporáneos del suceso, testigos oculares del hecho, hombres dignos de todo crédito. Para no creerlos seria menester suponer una

¹ I Cor. xv, 14.

de tres cosas, ó que trataron de engañarnos, vendiéndonos por verdadero un hecho que sabían era falso; ó que pudieron engañarnos, burlando la suspicacia de sus mismos enemigos interesados en descubrir la impostura, caso de haberla; ó que pudieron engañarse ellos mismos, creyendo inocentemente que era vivo el que en realidad estaba muerto. Pero ninguna de estas cosas se puede suponer, como probaré con toda evidencia.

Primeramente no se puede suponer que los discípulos de Jesucristo quisiesen engañarnos, escribiendo en el Evangelio lo que ellos mismos no creían. ¡Qué! Hombres tan cándidos é ingenuos ¿podían idear una tal superchería? Hombres tan tímidos y apocados ¿eran capaces de combinar, publicar y sostener una tal impostura? ¿Y para qué lo hubieran hecho? ¿con qué fin? ¿con qué utilidad? Nadie es embustero, si no tiene interés en serlo: nadie se pone á engañar, si no espera algun provecho de su engaño. ¿Y qué provecho podían esperar los discípulos de Jesucristo de publicar su resurreccion, caso de no ser verdadera? ¿Quién habia de premiarles la mentira? ¿Jesucristo?... Pero ¿cómo, si le suponemos muerto?

Se dirá tal vez que, como tenían tanto amor á Jesucristo, quisieron salvar su honor, fingiendo haberse cumplido lo que él dijo antes de morir: *Post tres dias resurgam*; al cabo de tres dias resucitaré. Pero adviértase que el amor que tenían á su Maestro no era tal, que pudiese empeñarlos en procurar su honor por medio de la impostura. El abandono en que le dejaron al tiempo de su Pasion prueba claramente que no le amaban tanto como todo eso. Y aun cuando le hubiesen amado mucho, ¿podían amarle hasta el punto de querer ser perseguidos, encarcelados, y muertos cruelmente, solo por el gusto de salvar su honor por medio de una mentira? Sabemos haber habido tontos que se dejaron matar para sostener una cosa falsa que en su concepto era verdadera; pero tontos que se ha-

yan dejado matar por la manía de persuadir á los otros lo que ellos mismos no creían, ¡oh! tontos de esta especie nunca los ha habido, ni los habrá. Es menester decir, pues, ó que los Evangelistas fueron los hombres mas insensatos que jamás se hayan visto en el mundo, cosa que desmienten sus escritos; ó que no trataron de estafar al mundo cuando escribieron la historia de la resurreccion de Jesucristo.

Y aun suponiendo que hubiesen tratado de hacerlo, ¿pudieran ellos salir con la suya? Era imposible. Porque ¿cómo burlar la vigilancia de los escribas y fariseos que, interesados en acabar hasta con la memoria de Jesucristo, acechaban todos los pasos de sus discípulos, y prevenían todos los casos de los que pudiera deducirse que realmente habia resucitado? Todo el mundo sabe que apenas su sagrado cadáver fue puesto en el sepulcro, los implacables autores de su muerte, temiendo que sus discípulos fuesen á robarle, y luego comenzasen á divulgar entre el pueblo que habia resucitado, se presentaron á Pilatos, diciéndole: «Ahora recordamos que aquel seductor «dijo cuando aun vivia: Despues de tres dias resucitaré. En-
«via, pues, un piquete de tropa á custodiar el sepulcro hasta «el tercer dia, á fin de que sus secuaces no vayan á robarle «de noche, y hagan despues creer á la plebe que ha resuci-
«tado¹.» Todo se hizo como ellos deseaban: una guardia de soldados romanos fué á situarse al rededor del sepulcro, se tomaron todas las avenidas, se ocuparon militarmente todos los puestos, y, para mayor precaucion y seguridad, se selló la enorme piedra que tapaba el sepulcro con el sello público ó municipal: *Abeuntes illi, munierunt sepulchrum, signantes lapidem, cum custodibus*².

Pues bien: para que los Apóstoles hubieran podido dar al-

¹ Matth. xxvii, 63. — ² Ibid. 66.

gun viso de verdad á la impostura de la resurreccion, antes que todo era indispensable que se posesionasen del cadáver de Jesucristo; porque mientras se le viese en el sepulcro ¿cómo habian de persuadir á nadie que habia resucitado? ¿Y era posible apoderarse del dicho cadáver? ¿Cómo habian de hacerlo, si el sepulcro que lo contenia estaba rodeado de centinelas, que á nadie permitian acercarse á él? Se dirá que los centinelas se durmieron, y entre tanto vinieron los discípulos á robar el cuerpo de su Maestro. Esta fue la salida que hallaron los escribas y fariseos para ocultar al pueblo la verdad de la resurreccion, dando mucho dinero á algunos soldados para que dijese, que habiéndose ellos dormido, vinieron los Apóstoles, y se llevaron el cadáver del Salvador: *Pecuniam copiosam dererunt militibus, dicentes: Dicite quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, vobis dormientibus*¹. Pero ¡oh efugio mas propio de niños que de hombres que picaban de sábios! Si los centinelas dormian, ¿cómo pudieron ver la pretendida sustraccion del cuerpo? Y si no la vieron, ¿cómo podian asegurarla? Y despues ¿es creible que se durmiese todo un cuerpo de guardia? ¿Tan olvidadas estaban las reglas militares en el ejército romano?... Aun suponiendo que realmente se hubiesen dormido, ¿cómo suponer en hombres tan cobardes como los discípulos tanto atrevimiento, que osasen penetrar en un cuerpo de guardia para hacer un robo, y robar precisamente aquello que mas vigilaban los soldados? Y aun dado que hubiesen tenido valor para empresa tan atrevida y arriesgada, ¿tan profundamente dormirian los soldados, que ni al pasar por medio de ellos los discípulos, ni al romper el sello, ni al quitar la enorme piedra del sepulcro, ni al llevarse el cuerpo, hubiese uno, uno siquiera, que despertase, y gritase; *alto!*

¹ Matth. xxviii, 13.

¿quién vive? Suposiciones son estas que chocan con el sentido comun. De consiguiente, aun cuando los Apóstoles hubiesen sido tan fatuos, que hubiesen querido fingir la resurreccion de Jesucristo, no hubieran tenido medio de hacerlo.

Ni se puede decir que fuesen engañados ellos mismos. Lo que nos refieren en el Evangelio de la resurreccion del Salvador, lo vieron con sus mismos ojos, lo oyeron con sus propios oidos; lo palparon con sus mismas manos, como nos asegura uno de ellos: *Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ... testamur et annuntiamus vobis*¹. ¿Y qué mas se necesita para estar cierto de un hecho cualquiera, que verlo, oirlo y palparlo? Si el que ve, oye y palpa una cosa, puede engañarse acerca de su realidad, es menester decir que todo lo que percibimos con los sentidos tal vez no es mas que una ilusion, un delirio y un sueño; disparate que solo podria decirlo un loco. Porque si ahora viniese uno á persuadiros que todo lo que actualmente percibís, tal vez no es mas que un engaño de vuestros sentidos; que este templo que veis, no es un templo, sino una cosa que os lo parece; que esta voz mia que oís, no es una voz real, sino una voz aparente, ¿no le tendríais por un hombre privado de juicio? ¿no le juzgaríais digno de estar en una casa de dementes? Pues este es el caso de los que dicen, que los Apóstoles tal vez se engañaron en el hecho de la resurreccion; porque es como si dijese, que ellos creyeron ver, oir y tocar lo que nunca vieron, oyeron ni tocaron; que cuando en el cenáculo creian hablar, comer y tratar con Jesucristo resucitado, solo hablaron, comieron y trataron con un fantasma; que cuando se dice que Jesucristo apareció á quinientos discípulos reunidos, no fue una aparicion verda-

¹ I Joán. i, 1.

dera, sino un sueño que todos juntos tuvieron en plena vigilia, en el que todos soñaron la misma cosa, á todos les pareció ver el mismo objeto, bajo la misma forma, y con circunstancias enteramente idénticas. Y para decir esto ¿no es menester haber perdido el seso? Concluyamos, pues, que los Apóstoles ni han querido, ni han podido engañarnos acerca de la resurreccion de Jesucristo; y de consiguiente que, aun prescindiendo de la fe, la resurreccion del Salvador es el hecho histórico mas evidentemente demostrado.

¿Por qué, pues, preguntaréis, los incrédulos se empeñan tanto en negarlo?—Es porque no les gustan las consecuencias que de él se infieren. Si Jesucristo ha resucitado, luego es Dios verdadero, ya que resucitarse á sí mismo es cosa que solo Dios puede hacerla; y de consiguiente es verdadera su Religion, verdadero su Evangelio, verdadera la doctrina que enseña que nosotros resucitarémos tambien, que habrá un cielo para los buenos, un infierno para los pícaros, una eternidad para todos. Héos aquí por qué se empeñan tanto en negar un hecho tan cierto y evidente. Como de esto depende todo, como en esto estriba todo, ó negar esto, ó conceder todo lo demás.

Mas ¿de qué sirve negarlo? Quieran ó no quieran, la resurreccion de Jesucristo es un hecho verdadero, cierto é incontestable. ¡Ah! este que para los impíos es un hecho aterrador, para nosotros debe ser un suceso de gran consuelo. Porque si Jesucristo ha resucitado, luego nosotros resucitarémos tambien, luego nuestros cuerpos no dormirán perpétuamente en la tumba, luego vendrá un dia en que oirémos la voz del Hijo de Dios que nos llamará á la inmortalidad; y si le hemos servido en esta vida, nos hará eternamente dichosos en el cielo. Amen.

Resurreccion espiritual del pecador.

Surrexit, non est hic. (Marc. xvi, 6).

Al ver dos dias atrás el cuerpo adorable del Redentor en brazos de la muerte, atravesadas las manos y piés con horribles clavos, y abierto el corazon con una aguda lanza: al verle todo ensangrentado, todo cubierto de heridas, frio, yerto é inmoble: al verle encerrado en un sepulcro, envuelto en una sábana, cubierto con una enorme losa, y rodeado de tropa apostada para custodiarlo, ¿quién no hubiera creído que iba á ser alimento de los gusanos, pasto de la corrupcion, y befa de sus implacables enemigos? Pues no ha de ser así, cristianos, no ha de ser así. Jesús, á quien dos dias hace llorábamos difunto; Jesús, á quien vimos espirar en un leño entre tormentos inauditos; Jesús, á quien contemplábamos sin vida ni accion en un sepulcro, ya no está en él, ya ha resucitado, ya ha adquirido una vida toda nueva y gloriosa. ¡Oh, qué vergüenza para los judíos! ¡oh, qué rabia para el infierno! ¡oh, qué consuelo para nosotros!

Tristeza, que tanto nos oprimiste en estos dias pasados; lágrimas, que tan abundantemente corrísteis de nuestros ojos, afuera, afuera, que no vendrías bien en un dia de tanto gozo. Llore el judío, cuya malicia ha quedado burlada: llore la muerte, cuyo imperio ha ya fenecido: llore el infierno, cuyas potestades están ya desarmadas: sí, lloren, que mientras ellos llorarán, mi alma, rebosando contento, cantará con la Iglesia: *Surrexit Christus spes mea*: ha resucitado Jesús, mi amor, mi alegría, y toda mi esperanza.

Mi alegría, cristianos, seria hoy del todo completa, si pudiese persuadirme tres cosas: 1.º que así como Jesucristo ha

resucitado verdaderamente en cuanto al cuerpo, todos habeis resucitado verdaderamente en cuanto al alma : 2.ª que así como Jesucristo ya no volverá á morir, tampoco vosotros volveréis á pecar : 3.ª que así como Jesucristo ha tomado una vida toda gloriosa, vosotros tomaréis una vida toda cristiana. Pero ¿podré yo persuadirme esto? Yo sé que apenas hay cristiano que en tiempo de Cuaresma no resucite de un modo ú otro de la culpa, puesto que son pocos los que no acuden á la confesion ; pero sé tambien que hay resurrecciones falsas, resurrecciones pasajeras, y resurrecciones imperfectas ; y que muchos pecadores, que parecen resucitar á la gracia, solo resucitan, ó de un modo falso, ó pasajero, ó imperfecto. Dejarme decir algo sobre cada uno de estos tres géneros de resurreccion, y luego podréis deducir á cuál de ellos pertenece la vuestra.

Para ayudaros á formar una idea exacta del modo con que muchos pecadores resucitan de la culpa en tiempo de Cuaresma, me valdré de un hecho memorable que nos refiere la Escritura santa en el primer libro de los Reyes. Deseoso el rey Saul de saber si le convenia aceptar una batalla que le presentaba el ejército filisteo, consultó á Dios sobre lo que debia hacer ; mas, no habiéndose el Señor dignado contestarle, á causa de sus grandes delitos, concibió la sacrilega idea de averiguarlo por medio de una insigne bruja que vivia en Endor. Presentóse á ella disfrazado en altas horas de la noche, y le dijo : me conviene consultar una cosa con el difunto profeta Samuel, y así quiero que, valiéndote del arte de nigromancia que profesas, me lo hagas resucitar : *Samuelem mihi suscita* ¹. Accedió la mujer, y no bien hubo hecho las primeras

¹ I Reg. xxviii, 11.

gestiones de su arte diabólico, cuando, permitiéndolo Dios, se levantó de la tierra una figura humana que representaba al venerable Samuel con su barba blanca, frente arrugada, cabeza calva, y cubierto con una larga capa ; cual figura, despues de haber reprendido ásperamente al impío Rey por haber turbado su reposo, volvió á meterse debajo la tierra, y desapareció. ¿Creeis, cristianos, que aquella figura fuese la verdadera persona de Samuel, resucitada por la evocacion de la bruja? Nada menos : no fue mas que una apariencia, una sombra, un fantasma.

Aquí teneis una imágen que expresa al vivo el modo con que un considerable número de pecadores ha resucitado del pecado en esta Cuaresma. Aquel jóven, apretado por el precepto de la Iglesia, se resolvió á hacer su confesion. Al considerar lo que dijo y lo que hizo la mañana que fué á confesarse, cualquiera hubiera dicho que habia verdaderamente resucitado de sus culpas, y que de la muerte del pecado habia pasado á la vida de la gracia. Pero ¿lo creeis vosotros así? Os engañais. Fue resurreccion aparente, resurreccion de Samuel, sombras, espectros, fantasmas, y nada mas. El infeliz fué á confesarse sin casi haber hecho ningun exámen, sin haber concebido ningun dolor de sus culpas, sin propósito alguno de dejar sus vicios. Aquella doncellita fué tambien á confesarse, bien que mas por cumplimiento que por devocion, mas por temor de sus padres que por deseo de convertirse á Dios. Al verla tan recogida, tan modesta, tan devota en el acto de confesar y comulgar, cualquiera hubiera pensado que aquella criatura habia realmente resucitado del pecado, y que de la esclavitud del demonio habia pasado á la dichosa libertad de los hijos de Dios. Pero ¿lo pensais vosotros así? Os equivocais. Fue resurreccion falsa, resurreccion de Samuel, sombras, engaños, mentiras, y nada mas. La desgraciada calló

los pecados de mas bulto, disimuló sus tratos y enredos, y solo dijo al confesor aquellas culpas que tal vez no habia necesidad de decir. Aquel hombre fué igualmente á confesarse. ¡Oh qué devoto! ¡oh qué compungido! ¡oh qué fervoroso! Al mirarle, el mas malicioso hubiera creido que la cosa iba de veras, que esta vez no era como otras, que su conversion era verdadera, y verdaderísima su resurreccion. Pero ¿lo juzgais vosotros así? Os alucináis. Fue resurreccion aparente, resurreccion de Samuel, ceremonias, hipocresías, falsedades, y nada mas. El miserable no tenia propósito verdadero ni de dejar las ocasiones en que vive enredado, ni de restituir los bienes ajenos que posee, ni de reconciliarse con el enemigo á quien profesa un rencor inveterado. ¡Oh, cuántas resurrecciones hay de este género!

Estas resurrecciones son tan evidentemente falsas, que nadie puede hacerse respecto de ellas la menor ilusion. Otras hay que, siéndolo tambien, no lo parecen, y acerca de las cuales es la cosa mas fácil equivocarse. Tales han sido las de aquellos pecadores que, habiendo hecho al parecer una buena confesion, ó el mismo dia, ó pocos dias despues, volvieron al pecado. ¿Qué hemos de presumir de tales confesiones? Por regla general hemos de presumir que fueron malas, porque el dolor que se mostró en ellas no fue sincero y real; que si lo hubiese sido, ¿seria posible que tan pronto hubiesen vuelto á cometer la culpa? Con un ejemplo de la Escritura os será fácil conocerlo.

Pocos meses despues que Finees hubo contraido matrimonio con una jóven tierna y amable, tuvo que separarse de ella para salir con el ejército de Israel, que iba á pelear contra los filisteos. Pocos dias habia que los dos esposos se habian despedido tiernamente, cuando se presentó á la tierna consorte un mensajero dándole la triste nueva de que, habiéndose

trabado en aquel mismo dia una sangrienta batalla entre los dos ejércitos, la jornada habia sido desastrosa para Israel, y que entre las muchas desgracias que tenia que contarle, una era que su estimado Finees habia quedado tendido en el campo, muerto á manos de un filisteo. No bien hubo el mensajero acabado de pronunciar las palabras : *Finees ha muerto*, cuando la infeliz consorte cayó en tierra sin sentidos, y faltó poco para que quedase muerta á la violencia de tan fiero golpe¹. Suponed ahora, cristianos, que, apenas vuelta de su desmayo, se le hubiese presentado el filisteo que habia muerto á su querido Finees, y habiéndole manifestado deseos de casarse con ella, ella hubiese accedido al punto, dando alegre la mano de esposa al que habia sido el asesino de su marido. ¿Qué pensaríais del dolor que manifestó por su muerte? ¿No diríais que fue un dolor fingido, un dolor aparentado para cubrir la mas negra infidelidad? Pues bien : esos pecadores de quienes hablo, mostraron en el dia de su confesion un grandísimo horror al pecado, aseguraron al confesor que, habiendo sido el pecado el bárbaro asesino que quitó la vida á Dios, el mas dulce y amable de los esposos, ellos le detestaban con todo el odio que merecia. Pero ¿qué? á vuelta de muy pocos dias se les presentó el mismo pecado á quien llamaban asesino de su sumo Bien, y cambiando de repente el odio en amor, le acogieron, le abrazaron, y le dijeron : Tú eres mi esposo. ¿Podemos creer que cuando el dia antes mostraban por él tanto sentimiento y horror, su horror y sentimiento fuese sincero y formal? Si hay entre vosotros quien sea capaz de persuadirse esto, levántese y dígalo, que nosotros atónitos lo oiremos. Pues no, vosotros teneis bastante

¹ I Reg. iv, 19, 20.
17*

